

1 PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS DE LA ENCÍCLICA *LAUDATO SI'*: CONTRIBUCIÓN A LA IV SEMANA TEOLÓGICA EN LA UCN*

DOI: 10.22199/S07198175.2015.0002.00001

Fernando VERDUGO, SJ.

Recibido el 14 de septiembre de 2015. Aceptado el 12 de noviembre de 2015.

RESUMEN

El presente artículo recoge dos ponencias teológicas ofrecidas por el autor, en el marco de un seminario académico interdisciplinar que tuvo lugar en la Universidad Católica del Norte. Las ponencias se focalizan en la reciente Carta Encíclica *Laudato si'*: *Sobre el cuidado de la casa común*, del papa Francisco, poniendo de relieve la visión sobre la naturaleza y la responsabilidad del ser humano hacia ella, que brota desde una perspectiva creyente. Como corresponde a todo documento que se inserta en la enseñanza social de la Iglesia, subyace en la encíclica una teología que el autor explicita en algunos de sus rasgos fundamentales. Además, destaca tanto el carácter interdisciplinar de la encíclica como la notable articulación entre lo ecológico y lo social, donde se nota el sello eclesial y teológico latinoamericano del papa Francisco.

Palabras clave: Ecología ; Ecología Integral; Teología del Mundo ; Antropología Cristiana; Enseñanza Social de la Iglesia.

THEOLOGICAL PERSPECTIVES ON THE ENCICLYCAL *LAUDATO SI'* CONTRIBUTION TO THE IV THEOLOGICAL WEEK AT THE UCN

ABSTRACT

This article encloses two theological lectures offered by the author, in the context of an interdisciplinary academic seminar that took place at the Catholic University of the North, Chile. The papers focus on the recent Encyclical Letter *Laudato si'* of Pope Francis on *Care for our common home*,

* Presentación que tuvo lugar los días 27 y 28 de julio de 2015, en el marco de la IV Semana Teológica realizada en Antofagasta, en la Casa Central de la Universidad Católica del Norte.

emphasizing the vision on Nature and the responsibility of Humanity toward it, which springs up from a Christian perspective. As it corresponds to a document that is inserted in the Social Teaching of the Church, there is a Theology in the Encyclical that the author tries to identify in some of its fundamental features. In addition, he emphasizes both the interdisciplinary character of the Encyclical as well as the remarkable articulation between the ecological and the social, where he recognizes the ecclesial and theological Latin-American background of Pope Francis.

Key words: Ecology ; Integral Ecology ; Theology of Creation ; Christian Anthropology; Social Teaching of the Church

Agradezco la invitación a contribuir con una perspectiva teológica a la reflexión que ustedes, desde el Norte de Chile, están realizando sobre la misión de la Iglesia hoy. Quieren pensar el aporte que han de hacer como cristianos ante los desafíos geográficos, antropológicos, políticos y laborales, religioso-populares, etc., que hoy día experimentan. Plantearse una semana teológica con tales propósitos nos pone rápidamente en sintonía con el Concilio Vaticano II, concluido hace cincuenta años, y que dio un giro decisivo en la manera de situarse la Iglesia frente a la realidad.

En efecto, hacer propios “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren” (GS 1) es el sello de la Iglesia que, por la fuerza del Espíritu, brota del Concilio y que ha marcado también la senda emprendida por la Iglesia latinoamericana, de la cual esta Iglesia nortina es digna representante. Se trata de reflexionar críticamente sobre la fe cristiana (la experiencia que la origina, la praxis que genera, etc.), de modo que ésta sea efectivamente un aporte en la búsqueda de soluciones más humanas a los diversos desafíos y problemas históricos con que el ser humano, el nortino en particular, se enfrenta. No hay que olvidar que, como decía también el Concilio Vaticano II, la fe, mediada por la teología, “orienta la mente humana hacia soluciones plenamente humanas” (GS 11).

Ahora bien, confieso que siento cierto pudor por tener que ocupar la palabra en esta IV Semana Teológica, que asume desde el título su localización y perspectiva: “*Desde el Norte de Chile pensamos la iglesia de hoy*”. Mis experiencias en el Norte del país han sido muy

acotadas, pero también muy significativas. En efecto, tengo como recuerdo imborrable el retiro de ocho días que hice en San Pedro de Atacama en enero de 1977, donde me planteé seriamente mi vocación religiosa y sacerdotal. Años más tarde, en 1992, reemplacé al párroco por un par de meses en la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, de Arica. En esa ocasión me tocó celebrar con especial intensidad la fiesta de la Patrona, la Virgen del Carmen, con múltiples bailes religiosos pues la epidemia del cólera que afectaba a la región impidió que ese año hubiera masivos desplazamientos a La Tirana. Años más tarde, para el Jubileo del 2000, me tocó coordinar por el lado católico, el “Encuentro de las tres culturas del libro” en San Pedro de Atacama, convocados por la División de Cultura del MINEDUC. Allí judíos, cristianos y musulmanes, en un contexto desértico similar al que los vio nacer como tradiciones religiosas y culturales, oramos en común, compartimos nuestras reflexiones teológicas y expresamos nuestros anhelos y compromisos por la paz en el Nuevo Milenio que despuntaba. Como ven, tres experiencias muy significativas en el Norte que guardo en mi corazón. Por eso me resuena tanto lo que dice el papa Francisco en su reciente encíclica: “La historia de la propia amistad con Dios siempre se desarrolla en un espacio geográfico que se convierte en un signo personalísimo, y cada uno de nosotros guarda en la memoria lugares cuyo recuerdo le hace mucho bien” (*Laudato si'*, 84).

Sin embargo, esas experiencias no me habilitan para reflexionar “desde el Norte”. Las demandas de una teología contextual, auténticamente inculturada, como las que se vienen expresando y promoviendo desde hace algunas décadas en la Iglesia que surgió del Concilio Vaticano II (Verdugo 19-32), no se condicen con mis experiencias, por muy significativas que sean para mí... ¿Qué proponer, entonces, para esta IV Semana Teológica? Pues bien, la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco, de reciente aparición, se presenta como una excelente alternativa. Nos permite abordar temas que nos son

comunes a todos: a los del Norte y los del Sur, a los del Este y el Oeste, en un mundo globalizado donde estamos cada vez más interconectados. Además, creo que los asuntos tratados están muy relacionados con varios de los temas que ustedes se propusieron abordar en esta semana teológica.

Mi aporte, entonces, se focalizará en *Laudato si'*, la Carta Encíclica del papa Francisco *sobre el cuidado de la casa común*. En la ponencia correspondiente al primer día de la Semana Teológica, me propongo presentar y comentar aquellas luces que nos entrega Francisco sobre la Tierra que nos acoge. Y en la ponencia correspondiente al segundo día, abordaré la relación y la responsabilidad que tenemos como humanidad con la tierra y los demás seres, respondiendo así al foco más antropológico. Advierto, eso sí, que lo expresado en estas ponencias no puede ahorrarnos la lectura de esta magnífica encíclica ecológica y social. Más bien quiere estimular su lectura en profundidad y discusión en distintos foros, eclesiales y sociales.

1. La Tierra que nos acoge: perspectiva teológica

1.1 Presentación general de la Encíclica

Esta encíclica que se inserta en la tradición del Magisterio social de la Iglesia, nos señala su propósito fundamental desde el título: *“el cuidado de la casa común”*. Se trata, por un lado, de que todos los habitantes de la tierra tomemos conciencia del “deterioro ambiental global” (3). Y, por otro, de que todos, cristianos y no cristianos, asumamos “el desafío urgente de proteger nuestra casa común” (13); de “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar” (13). Así como hace cincuenta años, en tiempos del Concilio Vatica-

no II, el mundo entero se sentía amenazado por el peligro de una hecatombe nuclear, en medio de un contexto de guerra fría, ahora es la amenaza de un daño irreversible al medio ambiente, en un contexto de consumo compulsivo de unos pocos y de marginación de muchos, lo que mueve a la Iglesia a sacar la voz. Con todo, la encíclica no es una profecía de calamidades, aunque da bien cuenta de ellas y de sus causas. Es sobre todo un llamado a la conversión de nuestras prácticas y estilos de vida que dañan el ambiente y las relaciones humanas. Trasunta, también, una fuerte esperanza en Dios y en el ser humano: “el Creador –confiesa el Papa- no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado”; “la humanidad –sostienen también Francisco- aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común” (13).

Laudato si' no parte de una definición teórica o abstracta sobre el tema, sino de una aproximación informada y crítica de lo que está sucediendo con nuestra tierra. Es posible reconocer en la encíclica el método “ver-juzgar-actuar” desarrollado por la Juventud Obrera Católica (JOC), adoptado por el Concilio Vaticano II y asumido también, con entusiasmo, por la Iglesia latinoamericana de la cual el papa Francisco es un genuino representante, al servicio ahora de la Iglesia universal. Si bien utiliza el método jociano, lo hace en espiral, con idas y venidas. Es decir, parte por una aguda observación de la realidad (cap. I); la ilumina teológicamente (cap. II); vuelve a ella para hurgar en las causas de la crisis ecológica (cap. III); enseguida propone el camino hacia una ecología integral (cap. IV); ofrece algunas líneas de orientación y acción, tanto a nivel internacional, local y personal (cap. V); para terminar con propuestas que afectan el estilo de vida, la educación y el cultivo de una espiritualidad auténticamente ecológica (cap. VI).

En su aproximación a los diversos asuntos en juego, llama también poderosamente la atención el carácter interdisciplinar de la encíclica: es decir, en cada una de sus partes no realiza una presentación parcial conforme a una disciplina, sino que se aprecia un discurso que se ha dejado interpelar por la perspectiva del otro, donde lo expuesto es resultado de un diálogo interdisciplinar. Este ejercicio le da credibilidad al papa Francisco cuando cuestiona, a lo largo de su encíclica, las miradas parciales o excesivamente especializadas frente a los delicados asuntos ambientales y sociales que nos afectan a todos. Dicho sea de paso, en este mismo espíritu, me parece muy interesante que esta Semana Teológica sea interdisciplinar (geología, historia, filosofía, teología, sociología, antropología, etc., tienen su espacio en ella), lo cual contribuye enormemente a la construcción de una cultura del diálogo. En fin, como último comentario general, es reconocida por el Papa la influencia e inspiración que encuentra en el santo cuyo nombre adoptó al ser elegido Obispo de Roma: Francisco, el santo de Asís. En él ve un “ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad” (10).

Veamos ahora algunos puntos centrales de la encíclica en relación al tema que hoy nos interesa: la tierra que nos acoge. Veremos algo del diagnóstico y de la lectura teológica que ofrece Francisco, que sirven de base para la de reorientación del rumbo que nos propone en el cuidado de la casa común. La parte correspondiente al “ver” nos servirá, también, para la perspectiva más antropológico-teológica que abordaremos en el próximo capítulo.

1.2 El diagnóstico

En el capítulo primero, dedicado a “Lo que le está pasando a nuestra casa”, Francisco aborda distintos aspectos de la crisis ecológica actual. En este recorrido acoge y se deja interpelar por lo que llama

“los mejores frutos de la investigación científica actualmente disponible” (15). Por razones de espacio y tiempo, simplemente menciono los aspectos de las crisis y algunas afirmaciones que los ilustran.

Comienza abordando el problema de la contaminación y el cambio climático. “La tierra, nuestra casa –dice el Papa, con una imagen muy potente-, parece convertirse cada vez más en un inmenso depósito de porquería” (21). En buena medida se debe a que, a diferencia de los ecosistemas naturales, “el sistema industrial, al final del ciclo de producción y de consumo, no ha desarrollado la capacidad de absorber y reutilizar residuos y desechos” (22).

Luego, al detenerse en el problema del deterioro de la calidad del agua disponible y de la tendencia a privatizar este recurso, el Papa recuerda que “el acceso al agua potable y segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la supervivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos. El mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable” (30).

La pérdida de la biodiversidad también hace ostensible la crisis ecológica: “Cada año desaparecen miles de especies vegetales y animales que ya no podremos conocer, que nuestros hijos ya no podrán ver, pérdidas para siempre. La inmensa mayoría se extinguen por razones que tienen que ver con alguna acción humana... No tenemos derecho” (33).

No solo el deterioro de la tierra que nos acoge atrae la atención del Papa, sino también el deterioro de la calidad de la vida humana y la degradación social: “la exclusión social, la inequidad en la disponibilidad y el consumo de energía y de otros servicios, la fragmentación social, el crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad social, el narcotráfico y el consumo creciente de drogas entre los más jóvenes, la pérdida de identidad... Son sig-

nos, entre otros, que muestran que el crecimiento de los últimos dos siglos no ha significado en todos sus aspectos un verdadero progreso integral y una mejora de la calidad de vida" (43).

La articulación de la crisis social y la crisis ambiental se presenta como uno de los aspectos más novedosos y potentes de esta encíclica. "El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos" (48), afirma Francisco. De ahí que "no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social" (48). Con dolor muestra cómo ambas formas de degradación "afectan de un modo especial a los más débiles del planeta" (48). Por eso, concluye que "*un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un problema social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*" (49).

La inequidad es uno de los mayores desafíos del mundo actual, sobre la cual el papa Francisco ya había llamado la atención en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (52-75). En la encíclica que comentamos nota que la inequidad "no afecta sólo a individuos, sino a países enteros, y obliga a pensar en una ética de las relaciones internacionales. Porque hay una verdadera « deuda ecológica », particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países" (51).

En este primer capítulo, también cuestiona la débil reacción frente al clamor de la tierra y de los pobres. Débil reacción que se refleja en el "sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente" (54). Si bien hay avances en cuanto a sensibilidad ecológica, todavía "no alcanza para modificar los hábitos dañinos de consumo,

que no parecen ceder sino que se amplían y desarrollan” (55). Sin querer hacer ciencia ficción, sino extrapolación de lo que ya hemos experimentado, advierte: “Es previsible que, ante el agotamiento de algunos recursos, se vaya creando un escenario favorable para nuevas guerras, disfrazadas detrás de nobles reivindicaciones” (57).

En fin, recuerda una vez más que “sobre muchas cuestiones concretas la Iglesia no tiene por qué proponer una palabra definitiva”; que ella “debe escuchar y promover el debate honesto entre los científicos, respetando la diversidad de opiniones”. Pero, sobre todo, debe dar razón de su esperanza que “invita a reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el rumbo, que siempre podemos hacer algo para resolver los problemas” (61).

1.3 Teología del mundo

Después de haber presentado algunos trazos de la actual crisis ecológica de este “mundo limitado y finito”, nos detendremos ahora en la iluminación que desde la fe ofrece el papa Francisco. ¿Cuál la visión del mundo y universo que nos ofrece, a partir de la experiencia religiosa en general y de la revelación de Dios en particular, de un Dios que nos ha salido al encuentro precisamente en este escenario? Será sobre todo del capítulo segundo, titulado “El Evangelio de la creación”, de donde extraeremos algunas líneas teológicas fundamentales. De esta manera, entonces, quisiera hacer mi contribución teológica en la mirada sobre la tierra que nos sigue acogiendo, a pesar de los daños que le hemos infringido.

1.3.1 Diversidad de miradas y relevancia de la perspectiva creyente

Una primera línea de reflexión tiene que ver con la pertinencia de la mirada religiosa sobre la naturaleza. Así como ha nutrido su mirada sobre la realidad ambiental con el aporte de las ciencias, Francisco

también propone la mirada de fe, pues le hace bien a la humanidad: “la ciencia y la religión, que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas” (62). No bastan las posibilidades que nos ofrecen las ciencias y la tecnología. ¿Qué puede ofrecer la mirada creyente? La fe aporta “grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles” (64). Podemos decir, entonces, que para el Papa la perspectiva teológica contribuye a la respuesta del “por qué” de las cosas, del origen y sentido últimos de la naturaleza.

Para dar cuenta de esas “grandes motivaciones”, el Papa vuelve nuevamente sobre la sabiduría de los relatos bíblicos. En ellos -nos ha quedado muy claro desde Galileo en adelante- no hay que buscar verdades científicas sino, más bien, la experiencia creyente de un pueblo que aprendió a reconocer a Dios en la tierra que le era esquivo y en su propia historia. En la Escritura se aprecia el lento proceso, que se da sobre todo en la historia pero también en la contemplación de la naturaleza, por el que Dios va logrando hacer sentir su presencia salvífica, por el que va manifestándose a sí mismo y su voluntad de vida para todo lo que ha surgido de su amor.

La experiencia creyente consignada en la Escritura nos pone delante, entonces, no de una verdad científica (aunque ella puede contener antecedentes riquísimos para cualquier ciencia natural o social), sino de una *verdad religiosa*. La tierra y los bienes que hay en ella tienen un origen común, tienen su origen en la voluntad de Dios; por eso está todo estrechamente vinculado. “Olvidamos –dice el Papa- que nosotros somos tierra (cf. *Gn 2,7*). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura” (2). Dada esta familiaridad de origen que experimentamos desde el punto de vista religioso, es comprensible que la tierra pueda ser considerada como “hermana nuestra” o como “Madre Tierra” que nos da frutos, como hermosa-

mente lo hace San Francisco de Asís y nuestro pueblos originarios. De esa cercanía afectiva que brota del origen común, debiera surgir también en nosotros “la sobriedad y el cuidado” (11), cosa que no siempre sucede porque olvidamos o desconocemos los vínculos que nos unen.

1.3.2 La naturaleza como creación

También en la línea de dar cuenta de la especificidad de la mirada creyente sobre la naturaleza, el Papa retoma el concepto teológico de “creación”: “Para la tradición judío-cristiana, decir « creación » es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal” (76).

Referirse, entonces, a la tierra y al universo entero como “creación”, es la manera lingüística que tenemos de dar cuenta de esa experiencia de origen y sentido últimos que surge también como un don, como un misterio que nos ha sido dado conocer y que brota del amor de Dios. El mundo, y nosotros en él, no somos resultado de una casualidad, sino de una decisión: hemos sido invitados a vivir (77). Por otro lado, dicho concepto nos sitúa, por decirlo de alguna manera, en condiciones de igualdad y de responsabilidad frente a todo lo existente: todos somos criaturas, portadores de valor y significado. Este tema lo profundizaremos más adelante, al tratar la perspectiva antropológica. Basta, por el momento, con destacar las implicancias ecológicas del concepto “creación”, precisamente porque reviste de dignidad a la tierra que nos acoge y a todo lo que la habita, además darnos una nueva “motivación” para su cuidado.

1.3.3 La naturaleza en evolución

Otro aspecto que quisiera destacar de la encíclica, resultado del diálogo de la fe con las ciencias, es la incorporación del dato de la evolución. En efecto, ya en la descripción que hace sobre lo que está sucediendo en nuestra casa, en nuestro planeta, señala que “si bien el cambio es parte de la dinámica de los sistemas complejos, la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica” (18). Lo interesante es que a lo largo de la encíclica no se contraponen “creación” a “evolución”, sino más bien aparecen como perspectivas complementarias. Más aún, encontramos argumentos teológicos que dan cuenta de esa evolución presente en lo creado. Por ejemplo, en el párrafo 80 se afirma que Dios, “de algún modo, quiso limitarse a sí mismo al crear un mundo necesitado de desarrollo, donde muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador” (80).

La “evolución”, entonces, es comprendida desde el punto de vista de la fe como parte del proyecto de Dios; no está en contradicción con el concepto teológico de “creación”. No estamos delante de un mundo y un universo acabados, sino incompletos, en proceso... Lo importante, entonces, es de qué manera la acción humana puede contribuir en ese proceso de desarrollo que el mundo necesita, de modo prestemos una colaboración positiva y no destructiva. Este tema lo abordaremos en el próximo apartado, cuando tratemos el rol de la humanidad en la tierra que habita.

2. La Humanidad que habita esta tierra: perspectiva antropológica

Después de haber presentado el diagnóstico que realiza el papa Francisco en la Carta Encíclica *Laudato si'*: *Sobre el cuidado de la casa*

común, diagnóstico muy bien informado que da cuenta de una seria crisis ambiental; y de haber trazado, enseguida, algunas pinceladas teológicas que ofrece el Papa para motivar el compromiso común con la tierra que a todos nos acoge, me detengo ahora en su propuesta antropológica. “No hay ecología sin una adecuada antropología” (118), exclama el Papa. ¿Cuál es, entonces, la visión del ser humano que brota del encuentro con Dios en la tierra y en la historia? ¿Cuál es la misión que, desde la perspectiva de fe, le compete a la humanidad en esta tierra que nos acoge y hemos dañado tan seriamente? Estas son algunas de las preguntas con las que entramos a la encíclica y de la que me propongo relevar algunos elementos.

Como bien destacamos anteriormente, la encíclica refleja un aprecio por el aporte de cada disciplina y las toma en cuenta en el tratamiento de los problemas ambientales y sociales que nos afectan a todos. Más aún, en varios capítulos se refleja un discurso que es resultado de un auténtico diálogo interdisciplinar. Pensando ahora en la perspectiva antropológica que nos ocupa, conviene retomar las siguientes palabras iniciales del Papa. Inspirado en su patrono Francisco de Asís, nos recuerda que el camino hacia una ecología integral pasa por una “apertura a categorías que trascienden el lenguaje de las matemáticas o de la biología y nos conectan con la esencia de lo humano” (11). Sin dejar de tomar en serio las perspectivas científicas, invita a abrirse a otras categorías que dan cuenta del misterio último del ser humano al que nos asomamos no como fruto de la razón, sino por la acogida creyente de lo que nos ha sido revelado. De este don inmerecido, podemos dar cuenta mediante la razón. Revisemos, entonces, algunos elementos de antropología teológica. Como señalamos al comienzo, esta presentación no nos puede ahorrar la lectura de una encíclica; más bien espero que sea un estímulo para disfrutarla y analizarla a nivel personal, en comunidades y en distintos ámbitos de la sociedad.

2.1 Las raíces antropológicas del deterioro ecológico

Siguiendo el esquema “ver-juzgar-actuar” que ya nos es familiar desde el Concilio Vaticano II, después de haber analizado “lo que está pasando en nuestra casa”, en el capítulo segundo titulado “El Evangelio de la creación”, el Papa busca iluminar las sombras de la actual situación ambiental con la luz que ofrece la tradición judeo-cristiana. De este modo, visita nuevamente los relatos de la creación en el libro del Génesis, donde con “lenguaje simbólico” se nos narra que Dios creó al hombre “a su imagen y semejanza” para dominar, labrar y cuidar la tierra. De acuerdo a la Escritura, Dios hace partícipe al ser humano de su proyecto creador; le encomienda una misión. Sin embargo, ese plan se daña por el pecado del hombre. “La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas” (66). Es precisamente ese pecado, puntualiza Francisco, el que hoy “se manifiesta con toda su fuerza de destrucción en las guerras, las diversas formas de violencia y maltrato, el abandono de los más frágiles, los ataques a la naturaleza” (66). Una vez más, el Papa retoma un dato fundamental aportado por la antropología bíblica: el mal no tiene su origen en Dios, sino en ese dinamismo autorreferente que se instala en el corazón humano y que perturba las relaciones con la naturaleza y entre los hombres, cuyas consecuencias constatamos también hoy. Ir a las raíces más profundas del deterioro ecológico y social nos hace conscientes de nuestros límites y de la necesidad que tenemos de la salvación que proviene del mismo Dios que nos invitó a vivir y a colaborar con Él.

2.2 La antropología cristiana, ¿favorece la explotación o el cuidado de la tierra?

Junto con retomar el misterio del mal y sus manifestaciones en el presente, el Papa se hace cargo de la acusación que, desde varios

sectores, se le ha hecho al pensamiento judeo-cristiano: de favorecer la explotación desmedida de la tierra, de sentirse legitimado el ser humano por su especial dignidad entre todo lo creado, para hacer uso y abuso de las demás criaturas. Hacerse cargo de esta acusación es también, a mi juicio, uno de los aspectos más interesantes de esta encíclica *Laudato si'*.

En efecto, es conocida la tesis sociológica de Max Weber, que ve en una versión del cristianismo -el protestantismo de raíz calvinista- el origen del capitalismo que ha marcado la modernidad hasta nuestros días. Capitalismo que puede desbocarse y transformarse en un "capitalismo salvaje", contra el que ponía en guardia Juan Pablo II en *Centesimus annus* (8), y que sin duda está detrás de la explotación abusiva del ser humano y de la naturaleza que hoy día lamentamos. Pero la crítica no sólo proviene de las ciencias sociales. También desde los pueblos originarios se oyen argumentos que, probablemente, más de una vez nos ha tocado escuchar: el modo de producción propiciado por cristianos y sus empresas depredan la madre tierra, vacían sus fuentes de agua y empobrecen la biodiversidad, entre otros males.

Pues bien, frente a esta acusación, no sin fundamentos deja ver el Papa, él mismo se encarga de enmendar el rumbo: "Si es verdad que algunas veces los cristianos hemos interpretado incorrectamente las Escrituras, hoy debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas" (67). Y continúa: "Es importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo (cf. *Gn 2,15*)" (67). Además de recordar la misión de "labrar y cuidar" la tierra, a lo cual muchas veces se pone poca atención, el Papa nos advierte cómo una interpretación fundamentalista y no contextualizada de la Escritura puede llevar-

nos en una dirección contraria a la propuesta salvífica que contiene su mensaje. El déficit bíblico y teológico tiene mucho que ver con las prácticas que se instalan incluso entre los cristianos.

Aunque no lo explicito de esa manera, podemos constatar que el Papa refleja una corriente eclesial que desde el Concilio ha sido crítica frente a ciertas prácticas justificadas por determinadas visiones teológicas. Es sin duda una de las motivaciones o características de las llamadas “teologías de la liberación” surgidas en América Latina, algunas de cuyas corrientes han insistido desde un comienzo en una necesaria “liberación de la teología” (Segundo), de las teologías de justifican el abuso hacia los hermanos y, añadiríamos aquí, también hacia la madre Tierra.

Sea o no el Papa heredero de una de esas corrientes teológicas (cf. Scannone), la encíclica deja ver un aprendizaje por parte de la Iglesia sobre el cuidado de todas las criaturas. “Hoy la Iglesia –dice Francisco- no dice simplemente que las demás criaturas están completamente subordinadas al bien del ser humano, como si no tuvieran un valor en sí mismas y nosotros pudiéramos disponer de ellas a voluntad” (69).

2.3 Llamados a reconducir la creación

Siguiendo el hilo de su argumentación, sobre el lugar y responsabilidad que le cabe al ser humano en el mundo, nos encontramos con una perspectiva que ya habíamos notado al destacar la visión evolutiva, y no estática, de la creación presente en el texto. El mundo ha sido dejado incompleto por Dios, de modo que el ser humano creado “a su imagen y semejanza” colabore también en su desarrollo. ¿En qué consiste esa colaboración? Desde el punto de vista de la fe, “la libertad humana puede hacer su aporte inteligente hacia una evolución positiva, pero también puede agregar nuevos males, nue-

vas causas de sufrimiento y verdaderos retrocesos” (79). Dios nos invita a desplegar nuestra libertad hacia una evolución positiva de los sistemas abiertos e interrelacionados que conforman el universo.

¿Hacia dónde conducir la evolución? Estamos llamados a conducir el dinamismo del universo entero hacia su *fin último*, revelado en Cristo: “El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal” (83), sostiene el Papa, acogiendo el aporte de Teilhard de Chardin. Cristo es el camino que nos conduce hacia la plenitud de vida que espera a la creación entera, no solo a la humanidad.

Poniendo ese fin en el horizonte, “agregamos –dice Francisco- un argumento más para rechazar todo dominio despótico e irresponsable del ser humano sobre las demás criaturas. El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo. Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador (83).

No puede, entonces, ponerse al ser humano como fin último de todo lo creado. Una mirada que trasciende lo inmanente recupera la dignidad de todo lo creado y enaltece la responsabilidad que nos compete como seres humanos. Estamos llamados a colaborar en la conducción de todas las criaturas hacia su fin, hacia su destino en Dios y no hacia la aniquilación. La conversión hacia una ecología integral tiene, pues, un horizonte escatológico.

2.4 Llamados a descubrir a Dios en la naturaleza

Parte del drama de nuestro tiempo, es la relación utilitarista que establecemos con todas las demás criaturas. Sin embargo, nos re-

cuerda el Papa, ellas son mucho más que medios para nuestros fines inmediatos; son ocasión de encuentro con Dios. No sólo el ser humano es un relato amoroso de Dios: “Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros” (84). Ninguna criatura, ni siquiera el ser humano creado a imagen y semejanza, agota la riqueza de Dios. Más aún, en cada criatura habita el Espíritu de Dios que nos interpela, lo cual también debiera estimular en nosotros el espíritu ecológico. Coherente con un buen uso de la analogía, advierte que “también existe una distancia infinita, que las cosas de este mundo no poseen la plenitud de Dios” (88). En otras palabras, reconocer a Dios presente en todas las criaturas no significa confundir a éstas con Dios, por muy hermosas y sublimes que sean.

Por otra parte, si bien por haber sido creados por el mismo Padre, “todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal” (89). Sin embargo, “esto no significa igualar a todos los seres vivos y quitarle al ser humano ese valor peculiar que implica al mismo tiempo una tremenda responsabilidad. Tampoco supone una divinización de la tierra que nos privaría del llamado a colaborar con ella y a proteger su fragilidad” (90). Ni divinización de lo todo lo creado, aunque esté todo transido por el Espíritu y sea lugar de encuentro con Dios, ni homogeneización de todas las criaturas, de modo que nos desentendamos de nuestra responsabilidad.

Un breve comentario. A la luz de estas palabras del Papa sobre lo divino en la naturaleza, creo que podemos comprender mejor que llamar a la tierra Pachamama, como lo hacen los pueblos originarios de estas latitudes, no implica necesariamente una divinización de la tierra, sino una expresión afectuosa de la “familiaridad” que tenemos con ella, y del cuidado que a ella le debemos. Es equivalente al mandamiento de “honrar padre y madre”: no significa que hay

que divinizar a nuestros padres, pero sí expresarles la gratitud y el cuidado que se merecen.

2.5 Todo está conectado, para el bien de todos

Por último, junto con destacar la dignidad y responsabilidad que tenemos frente a toda criatura, la encíclica llama igualmente la atención frente a ciertas tendencias que le quitan o niegan una preeminencia al ser humano. El peligro es pasar de un “antropocentrismo desviado”, que no le reconoce un valor propio a los demás seres, a un “biocentrismo” que añade nuevos problemas, como bien explica en otro apartado de la encíclica (118). En realidad, lo que el Papa hace de manera notable es vincular el cuidado del ambiente con la particular responsabilidad frente a los hermanos o hermanas de especie. “No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos” (91), dice el Papa apelando a la coherencia. Una vez más aparece la convicción que traspasa toda la encíclica, de que todo está conectado. “Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra” (92).

La preeminencia del ser humano no es una dignidad que atañe a unos pocos, sino a todos por igual. Surge, una vez más, el valor de la equidad tan destacado por el actual Pontífice: “la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos” (93). De ahí que el Papa recuerde a los creyentes en particular el principio tradicional de la enseñanza social de la Iglesia, de que la propiedad privada de los bienes ha de estar siempre al servicio de la satisfacción de los derechos de todos, en especial de los más pobres.

Con la misma fuerza con que afirma que “el medioambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos”, recuerda que “quien se apropia algo es sólo para administrarlo en bien de todos” (95). Todo está conectado, todo es para el bien de todos.

Hasta aquí algunos trazos de la antropología teológica que subyace a la encíclica *Laudato si'*, del papa Francisco *sobre el cuidado de la casa común*. El tiempo del que dispusimos para la preparación y presentación de esta ponencia me obligaron a escoger solo algunos. Estoy convencido de que otras lecturas podrán poner de relieve otros elementos que pasé por alto y que pueden ser tanto o más importantes. Como decía al comenzar, espero estimular la lectura y estudio de esta riquísima encíclica que nos invita a cultivar una ecología integral.

Por último, un breve comentario que tiene que ver con una noticia que ha sido dada a conocer en estos días: La Nasa confirma que descubrió el planeta más similar a la tierra hasta ahora. Ubicado a 1.400 años luz de la Tierra, Kepler 452b orbita su propio sol en 385 días y se encuentra en la “zona habitable” para encontrar vida (Aguirre). ¡Notable hallazgo de la ciencia! Sin embargo, ojalá que el empeño humano por buscar otros planetas con características similares a la Tierra no signifique distraer nuestra atención y el cuidado que merece y necesita el planeta que ahora habitamos. Al menos las distancias parecen salvaguardar a esos planetas de ese afán depredador que nos corroe. También ellos “gimen con dolores de parto” (*Rom* 8,22) esperando que se manifieste la libertad de los hijos de Dios, y acepten la invitación de colaborar en la conducción del Universo entero hacia su plenitud.

Fernando Verdugo, SJ,

Facultad de Teología.

Pontificia Universidad Católica de Chile.

fverdugor@uc.cl

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre A., Francisco. "Nasa confirma el descubrimiento del planeta más similar a la Tierra hasta ahora". La Tercera.com. Web. 23 julio 2015 <http://www.latercera.com/noticia/tendencias/2015/07/659-639919-9-nasa-confirma-el-descubrimiento-del-planeta-mas-similar-a-la-tierra-hasta-ahora.shtml/>

Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes*, 1965.

División de Cultura. *Encuentro de las tres culturas del libro. Por un nuevo Milenio de Paz*. MINEDUC, 2000.

Francisco. *Laudato si': Sobre el cuidado de la casa común*, 2015.

Francisco. *Evangelii Gaudium*, 2013.

Juan Pablo II. *Centesimus Annus*, 1991.

Scannone, Juan Carlos. "El papa Francisco y la teología del pueblo". *Mensaje*. Agosto 2014, 14-21.

Segundo, Juan Luis. *Liberación de la Teología*. Buenos Aires: Ed. Carlos Lohlé, 1975.

Verdugo, SJ, Fernando. "Nuevos planteamientos de la Iglesia acerca de la relación fe-culturas" y "La teología y la inculturación de la fe". *Relectura de la Salvación cristiana en Juan Luis Segundo. Estudio de las mediaciones culturales subyacentes a su soteriología de los años ochenta*. Santiago: Anales de la Facultad de Teología LIV, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003.